

ISSN 0716-2510

N° 56

Segundo Semestre de 2004

MAPOCHO

REVISTA DE HUMANIDADES

DIRECCION
dibam
DIBAM - INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO

LA OSTENTACIÓN DEL OCIO Y EL ENCLAVE TURÍSTICO: LA PLAYA MIRAMAR EN EL DEBUT DE VIÑA DEL MAR (1872-1910)

Rodrigo Booth*

I. INTRODUCCIÓN

Baños de mar y vacaciones en la playa son actividades recurrentes durante el tiempo de ocio de millones de chilenos. Pese a que su aprovechamiento interpela a gran parte del cuerpo social, son escasas las investigaciones nacionales que abordan la historia del turismo como un sujeto de estudio relevante para la comprensión de la cultura moderna. Contemplando el extendido prejuicio académico de las ciencias sociales y la historiografía, no debe llamar la atención que se otorgue mayor valor al tiempo de trabajo que al de ocio, a la producción de bienes industriales que al consumo de servicios turísticos, al puerto que al balneario, a la casa urbana que a la segunda residencia. Esta situación ha incidido en la escasa relevancia que los estudios turísticos han adquirido, paradójicamente, en un país que se precia de difundir su belleza y la diversa comparecencia de sus paisajes. Intentando resolver en parte esa omisión, el objetivo del presente trabajo es reflexionar en torno a la construcción del principal espacio del ocio moderno: la playa.

Según el historiador francés Alain Corbin, la playa es un lugar que a través del tiempo ha detonado variadas representaciones para sus visitantes¹. Para Corbin, la transformación de este espacio en un nuevo paisaje de consumo turístico se explica como consecuencia de las argumentaciones médicas que, durante el siglo XVIII, otorgaron un valor terapéutico a las frías y saladas aguas del mar. Asimismo, el efecto renovador de la salud psíquica propiciada por la experiencia romántica de la contemplación del paisaje, favoreció la transformación de las negativas referencias marítimas que, hasta esa época, se manifestaban en representaciones míticas y reales como las anguilas gigantes, los naufragios, los piratas, las tempestades y la lección punitiva del diluvio universal². El antiguo temor y la repulsión frente a las desconocidas inmensidades del océano serían modificadas debido a una compleja mutación perceptiva que volcaría a hombres y mujeres a aprovechar las costas con fines de descanso y ocio.

* Licenciado en Historia y estudiante de doctorado en Arquitectura y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile. Becario programa MECU Educación Superior. E-mail: rbooth@uc.cl El autor agradece los aportes de Claudio Rolle, Paula Bruno, Claudia Giacomani, Gonzalo Cáceres y Francisco Sabatini.

¹ Alain Corbin, *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*, Barcelona, Mondadori, 1993. Jorge Francisco Liernur recoge esa misma idea en su "Comentario Preliminar" al libro de Fernando Cacopardo (ed). *Mar del Plata. Ciudad e Historia*, Madrid-Buenos Aires, Alianza-UNMDP, 1997. Según sus palabras, "La playa no es una, no está ahí ni estuvo siempre tal cual la vemos y comprendemos. Es, queda claro, una construcción móvil en el tiempo" (pág. 16).

² Alain Corbin, *op. cit.*, págs. 13-85.

Cerca de cien años después del debut de la playa en la escena social europea, durante el último tercio del siglo XIX se presentó una modificación en las impresiones frente a las costas sudamericanas. Luego de una tímida aproximación motivada por las terapias con agua fría de mar, las riberas del cono sur se convirtieron en el seguro destino estival de las elites de la época. A partir de ese momento, la colonización turística de las costas sudamericanas evidenció las mutaciones experimentadas por las culturas locales. Por ejemplo, la urbanización de las playas brasileñas y la organización turística uruguaya iniciada en la década de 1900 manifestaron, por primera vez en el continente, la expresa preocupación estatal por montar una maquinaria destinada a favorecer el negocio turístico, y consecuentemente, a satisfacer la creciente demanda por ocio³. En el mismo sentido, hacia el cambio de siglo, el trabajo mancomunado del sector público y los especuladores inmobiliarios argentinos, permitió establecer en Mar del Plata la primera ciudad turística de ese país⁴.

En Chile no son muchos los trabajos que reflexionan acerca del papel que al ocio y al turismo le caben en la producción de la cultura moderna⁵. Este artículo se aprovecha de ese vacío para proponer una hipótesis que interpreta el proceso de valoración social del viaje de placer como una significativa novedad impuesta por la modernidad. Como resultado de las transformaciones advertidas en el ámbito de la vida social veraniega del último cuarto del siglo XIX, se observa la construcción de una playa urbana cuya conformación como enclave turístico garantizaría las ansias de exclusividad de la clase ociosa. Congregando las actividades placenteras del verano, la desaparecida playa Miramar en Viña del Mar constituiría el primer espacio en que se desarrolló la producción organizada y el consumo turístico de las elites. Un examen histórico del más concurrido escenario playero del cambio de siglo, permitirá entender las motivaciones sociales que determinaron el acceso al ocio de los primeros turistas chilenos.

³ Ver Nelly Da Cunha, "El acercamiento turístico en la costa del Uruguay. Entre la imprevisión y los intentos de regulación del espacio (1900-1950)", ponencia presentada al XIII Congreso Internacional de Historia Económica, Buenos Aires, julio de 2001, y de la misma autora, "El Municipio de Montevideo en la construcción del espacio turístico y recreativo (1900-1950)". Documento de trabajo N° 55, Programa de historia económica y social, Montevideo, Universidad de la República, 2001. La configuración del paisaje turístico rioplatense ha sido muy bien abordado en el trabajo de Gustavo Vallejo, "El puente Punta Lara-Colonia: una mirada histórica desde los imaginarios rioplatenses y las estrategias urbanísticas y comerciales de Francisco Piria", publicación premio anual de Arquitectura, Colegio de Arquitectos de la Provincia de Buenos Aires, 1999, en www.caiba.org.ar/prem4.shtm

⁴ Ver por ejemplo Fernando Cacopardo, *op. cit.*; Elisa Pastoriza (ed), *Las Puertas al Mar. Consumo, ocio y política en Mar del Plata, Montevideo y Viña del Mar*, Buenos Aires, Biblos, 2002; Mónica Bartolucci (ed), *Mar del Plata. Imágenes urbanas, vida cotidiana y sociedad*, Mar del Plata, UNMDP, 2002.

⁵ Algunos trabajos que escapan a esta regla son el de Macarena Cortés, "Un nuevo espacio de veraneo. El Cap Ducal en la génesis de la modernidad" y el de Gonzalo Cáceres y Francisco Sabatini "Para entender la urbanización del litoral: el balneario en la conformación del Gran Valparaíso. Siglos XIX y XX", ambos publicados en *ARQ*, 55, 2003.

2. ESTREMECIMIENTOS, CALAMBRES Y AHOGOS:
LAS FRÍAS APROXIMACIONES A LA COSTA CHILENA

Los primeros escenarios balnearios de Chile no contaban con las mejores cualidades para satisfacer el placer del verano. Durante gran parte del siglo XIX, el principal destino turístico costero fue la industrializada ciudad-puerto de Valparaíso. Los veraneantes que llegaron hasta allí para disfrutar del mar, debieron lidiar constantemente con un ambiente contaminado por la presencia de barcos y las actividades productivas de la ciudad. Pese a que la mixtura de usos de la rada porteña dificultaba el acceso a sus balnearios, ése era, sin dudas, el principal espacio lúdico del litoral chileno.

Desestimando los deseos de los bañistas decimonónicos, hacia fines de la década de 1860 el Estado decidió potenciar la infraestructura industrial de la ciudad en desmedro de cualquier actividad recreativa. Entre 1868 y 1876 se extendió por todo el frente de mar una vía férrea que determinó la expulsión de todos los usos hedonistas hacia la periferia urbana⁶. Como si la despreocupación del Estado no bastara, los primeros turistas que llegaron a las costas cercanas a Valparaíso, todavía debían lidiar con los inconvenientes impuestos por la naturaleza. Entre éstos, quizás el principal era el frío del agua de mar.

Contradiendo las imaginarias cualidades hedonistas del mar chileno, las bajas temperaturas de la corriente de Humboldt han hecho del baño marino una experiencia muchas veces traumática. Matizando las ilusiones propiciadas por el disfrute, ha sido el estremecimiento la más repetida experiencia de los bañistas locales. El riesgo de la hipotermia generalmente impide la prolongación del contacto acuático por más de algunos minutos, y, salvo contadas excepciones, la abrupta configuración topográfica de las costas ha hecho de las zambullidas y la natación prácticas peligrosas, que ni siquiera la presencia de un salvavidas logra solucionar por completo.

Proyectado en el tiempo, el impacto de quienes se atrevieron a contactar sus cuerpos con el mar, figuró las inmersiones como un sufrido encuentro que sacudía las sensaciones. El estremecimiento, graficado en las revistas de moda durante la primera década del siglo XX, determinó siempre una relación ambigua de las personas con sus vacaciones en la playa. Si bien las bajas temperaturas habían condicionado las primeras aproximaciones terapéuticas, para promocionar las costas como un atractivo turístico los atrevidos bañistas debieron obviar la conmoción que les causaba el frío de un agua que calaba los huesos⁷.

⁶ La presencia del balneario en la rada porteña y la acción estatal en la construcción de la vía férrea que eliminó los usos placenteros de Valparaíso ha sido tratada con mayor detención en Rodrigo Booth, "El Estado ausente: la paradójica configuración balnearia del Gran Valparaíso (1850-1925)", en *Eure. Revista latinoamericana de estudios urbano regionales*, XXVIII, 83, 2002, págs. 107-123.

⁷ En efecto, las primeras promociones de la costa como un destino apetecido por viajeros del interior del país, contaron con el decidido apoyo de médicos que sugerían el uso de sus frías aguas en las abluciones que contribuirían en la cura de la alicaída salud de enfermos reumáticos, físicos y raquíuticos, entre otros. La verdadera panacea propugnada por el higienismo y su "terapéutica de

Por ejemplo, los recuerdos de Ramón Subercaseaux destacaban lo desagradable que era para él un baño de mar. En la década de 1880, los viajes que realizaba cada verano a Valparaíso con su familia, incluía la lucha permanente con una madre que lo obligaba a "disfrutar" del océano. Según su testimonio "el agua era sumamente fría (...) me tenían que entrar en ella casi por la fuerza"⁸. Asimismo, el adjetivo "polar" con que se refería Eduardo Balmaceda a la temperatura del agua en la playa Miramar al comenzar el siglo xx, era sintomático del sufrimiento que experimentaba cada vez que se atrevía a desafiar las olas viñamarinas⁹.

Por otra parte, la frecuencia de accidentes marinos que involucraban a personas de todas las extracciones sociales ennegreció repetidamente las páginas de los periódicos santiaguinos del cambio de siglo. Los calambres facilitados por las bajas temperaturas del agua de mar, además de la escasa pericia de los primeros nadadores chilenos, incidieron en la abundante sucesión de ahogos veraniegos. Según una estimación, hacia 1909 sólo el 25% de los varones sabía nadar. La evidencia acumulada permite sospechar que el porcentaje de mujeres que practicaba este pasatiempo era incluso menor¹⁰.

Ante las peligrosas condiciones ostentadas por los más conspicuos centros recreativos costeros de las primeras décadas del siglo xx, la irrupción de una novedosa profesión que buscaba asegurar las vidas de los osados veraneantes, se manifestó como la única posibilidad de los primeros empresarios turísticos para salvaguardar a sus clientes. En 1912, Miguel Pérez, un "salvador de profesión", se convirtió en uno de los pocos salvavidas del país. Su destreza le permitió mantener con vida al menos a 15 personas durante los años que trabajó en el balneario de El Recreo, en Viña del Mar¹¹. En sintonía con lo anterior, un accidente playero resuelto eficientemente por alguna persona de buena voluntad podría suscitar una noticia de difusión nacional. Así le ocurrió a un muchacho de trece años, que en el verano de 1908 fue congratulado por el mismo Presidente de la República, luego de salvar a un amigo que se ahogaba¹².

Pero las tentativas por asegurar los placeres balnearios no suponían la incorporación de clases de natación en las escuelas públicas. La escasa atención brindada a un deporte que podría haber otorgado seguridad a los bañistas durante el verano, mantuvo su práctica sumida en la precariedad hasta fines de la década de 1920. En consecuencia, las muertes producidas por ahogos se repetían insistentemente durante la estación canicular.

los baños fríos de mar" fue muy bien descrita por J. A. García Quintana en su folleto *Guía de baños de mar y preceptos higiénicos para las familias i paseantes*, Santiago, Imprenta Prat, 1881.

⁸ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años*, volumen 1, Santiago, Nascimento, 1936, pág. 36.

⁹ Eduardo Balmaceda, *Un mundo que se fue...*, Santiago, Andrés Bello, 1969, pág. 137.

¹⁰ "Los baños y la natación a través de los tiempos", en *Zig-Zag*, 230, 1909.

¹¹ "Un salvador en el Recreo", en *Sucesos*, 703, 1916.

¹² "Un héroe de trece años", en *Zig-Zag*, 153, 1908.



Imagen 1: Febrero (sufrimiento antes del baño).
Fuente: Zig-Zag, 1909.



Imagen 2: Miguel Pérez, "un salvador de profesión".
Fuente: Sucesos, 1916.

Frente a un panorama liderado por la contaminación de las aguas, la despreocupación del Estado, el frío del mar y la abrupta configuración topográfica de las costas, se presenta una paradoja cuya solución podría explicar la progresiva afinidad que manifestaron los chilenos hacia el descanso balneario y el baño marino. Si las aguas del Pacífico que bañan el litoral central no presentaban las condiciones más adecuadas y gratificantes para el baño, ¿por qué la visita periódica a los centros balnearios se convirtió en una moda ineludible durante el verano? Para resolver esa pregunta es necesario conocer qué era lo que buscaban quienes decidían realizar la emigración estival. La valoración social del ocio y la necesidad de aparentar parecen constituirse como los principales motivos.

3. LA VALORACIÓN DEL OCIO Y EL CONSUMO OSTENSIBLE DEL PLACER

Buscando reproducir imágenes de distinción que constituyeran la identidad de la alta sociedad, hacia fines del siglo XIX los grupos dirigentes chilenos sostuvieron un dedicado interés en manifestar con elocuencia sus pretensiones elitistas. Montando una escenografía orientada en esa dirección, las elites generaron una sofisticada sociabilidad que condicionaría su consumo. Con esa in-

tención lideraron la construcción de espacios cuyo destino preferido era la ostentación material y del tiempo de ocio: playas y balnearios resumían eficientemente ese propósito.

Para conducir una reflexión que interprete la imagen social generada por la visita a los balnearios, resulta sugerente rescatar las propuestas realizadas por Thorstein Veblen a fines del siglo XIX. En su clásico ensayo *Teoría de la clase ociosa*¹³, este precursor de la sociología interpretaba la consolidación de la burguesía como el grupo social más relevante de la modernidad¹⁴. En esa labor, destacaba el papel de algunas acciones individuales que habían sido desestimadas en la mayor parte de los estudios publicados hasta ese momento. Además de la religión, el trabajo y la política como preocupaciones fundamentales de las personas, Veblen se interesó por la observación de los deportes y las diversas exhibiciones prestigiosas del comportamiento individual, centrándose especialmente en el "ritual de los deberes sociales"¹⁵.

Aun cuando la riqueza era el elemento clave en la conformación de la identidad de la clase alta decimonónica, Veblen suponía que la capacidad económica de los grupos dirigentes no bastaba en su afán de distinguirse de los sectores populares y las incipientes clases medias profesionales. Por ello, las actividades de quienes pertenecían al grupo debían apoyarse en lo que denominó el "ocio ostensible"¹⁶. La ostentación del tiempo y de los hábitos asociados al descanso y el "despilfarro conspicuo" del dinero ganado especialmente mediante la especulación, determinaban una profunda transformación mental de una burguesía mercantil que desde el siglo XIX albergaba a los caballeros ociosos. El refinamiento del consumo que llevaría a muchos enriquecidos miembros de la burguesía a adquirir bienes suntuarios que no tenían otro fin que la ostentación, modificaría las imágenes expuestas por las elites de la época¹⁷.

Una lectura atenta de la *Teoría de la clase ociosa* permite establecer dos tipos de escenarios en que las elites manifestaban ostensiblemente su condición: el primero estaba instalado en la intimidad de la vida privada. Allí se estableció el gusto por el consumo de bienes de lujo y de productos suntuarios. El mobilia-

¹³ Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995 (publicado originalmente como *The Theory of the Leisure Class. An Economic Study of Institutions*, Macmillan Company, 1899).

¹⁴ En este sentido Veblen se hacía cargo del papel de la burguesía como motorizador del cambio social advertido por Karl Marx en el *Manifiesto Comunista*. La participación de la burguesía en la conformación de la sociedad moderna, como vitalizador y agente del cambio según la teoría marxista en Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1989 [1982]. El mismo asunto ha sido destacado recientemente por Berman en "Todo lo sólido se desvanece en el aire: Marx, la modernidad y la modernización", en *Aventuras Marxistas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, págs. 77-130.

¹⁵ John Atkinson Hobson, *Veblen*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978 [1936].

¹⁶ Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, op. cit., págs. 43-74.

¹⁷ El consumo de bienes suntuarios también ha sido tratado en este sentido en Marvin Harris, *Jefes, cabecillas, abusones*, Madrid, Alianza, 1985. Ver especialmente "¿Por qué consumimos de forma conspicua?", págs. 28-32.

rio hogareño construido con maderas exóticas, la posesión de mascotas como perros falderos, gatos y caballos, e incluso el adiestramiento en lenguas extintas, eran para Veblen algunos de los bienes suntuarios consumidos por la clase ociosa. Por otro lado, la necesidad de obtener el reconocimiento que asimilara sus hábitos a los de los tradicionales grupos dirigentes, motivó que la clase ociosa expusiera su riqueza mediante la exteriorización de los placeres en la esfera pública de la vida social. Este grupo conformaría una sociabilidad sofisticada y exclusivista, que produciría espacios semipúblicos que permitían ver y ser visto por los pares, motivando también una especie de competencia por lograr la distinción. Los materiales con que se confeccionaban los trajes de las elites, la construcción de sus mansiones y jardines, el "desfile de elegantes" o la práctica de deportes como el tenis o el golf, fueron algunos elementos que se utilizaron tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo occidental con esa finalidad.

Veblen estableció sus postulados realizando un ejercicio de observación de la sociedad de su época. El relevante papel que cumplió como testigo crítico del mundo al que pertenecía, le permitió fijar categorías que también serían abordadas en el ámbito latinoamericano. En Chile, Luis Barros y Ximena Vergara han afirmado que la novela realista del penúltimo cambio de siglo atestigua que el ocio constituyó un elemento clave en la construcción de la identidad de la oligarquía como clase¹⁸. La pomposa exposición de sus hábitos, la desvalorización del trabajo como medio para acceder a los bienes suntuarios y la centralidad otorgada a la suerte o la buena fortuna caracterizarían el eje de la discriminación entre la clase ociosa y la clase trabajadora¹⁹. Sin embargo, la "valorización del ocio" no sería estudiada por estos investigadores como un elemento constituyente de espacios peculiares que alimentaron la construcción de la identidad oligarca. El viaje de turismo del cambio de siglo permanecería como una anécdota en el estudio la vida social de la *Belle Epoque* chilena²⁰.

Quizás el primer intelectual que entroncara la conformación de la clase ociosa latinoamericana con los nuevos hábitos turísticos sería Jorge Luis Borges. En su comentario titulado "Thorstein Veblen: Teoría de la clase ociosa", Borges

¹⁸ Luis Barros y Ximena Vergara, *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Santiago, Ediciones Aconcagua, 1978. Ver especialmente el apartado "Valorización del ocio", págs. 41-55.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 50.

²⁰ Esto también se desprende de la tesis de grado de Rodrigo Cornejo, quien establece la posibilidad de que las elites del cambio de siglo hayan constituido algunos espacios balnearios en que sólo se prolongaba la vida social santiaguina. Por otro lado, el interesante trabajo de Manuel Vicuña, centrado casi exclusivamente en Santiago, entrega pocas reflexiones acerca de la importancia social de los balnearios de la *Belle Epoque*. Ver Rodrigo Cornejo, "Oligarquía y cambio de siglo. Mentalidad, costumbres y vida social en Santiago (1899-1901)", Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, P. Universidad Católica de Chile, 1998, especialmente "Los viajes dentro y fuera del país. Termas, fundos y balnearios: prolongaciones temporales de la vida santiaguina", pp. 79-102; y Manuel Vicuña, *La Belle Epoque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2001.

manifestaba que con tal de mantener su reputación de clase alta, los argentinos que no podían costear el viaje a la playa recurrirían a prácticas que hoy podrían parecer absurdas. Según sus recuerdos infantiles, la burguesía empobrecida "durante los meses calurosos vivían escondidos en su casa, para que la gente creyera que veraneaban en una hipotética estancia o en la ciudad de Montevideo"²¹. El encerramiento voluntario era acompañado con la divulgación de los apellidos de estas ambiciosas familias en los periódicos, publicitando así el engaño de su partida. Criticando esta peculiar costumbre, el escritor reflexionaba sobre el arribismo de algunos de sus compatriotas, quienes sin dinero, también podrían mantener el prestigio otorgado por sus prácticas del buen tono veraniego²².

En el Chile anterior a la promulgación de las leyes de descanso dominical y de la legalización de las vacaciones, el veraneo de los más distinguidos visitantes de las costas debía sostenerse bajo las representaciones que "lo más grañado de la sociedad" consideraba *chic*. La oferta social de un hotel, una playa o un restaurante podía ser el más potente atractivo tanto para las elites como para quienes intentaban incluirse en ese grupo²³. El viaje y las actividades playeras se presentaron en la conformación del litoral central chileno como compendio de las figuraciones sociales propiciadas por el consumo conspicuo. Sus escenas contribuirían a explicar a los sujetos de las elites locales como miembros auténticos de la clase ociosa.

4. EL ENCLAVE TURÍSTICO Y LA PRIVATIZACIÓN DE LA PLAYA MIRAMAR

En 1899, la familia Subercaseaux Mackenna, representante de la alta burguesía chilena, inició un viaje de placer por Europa. París, destino dilecto por las oligarquías latinoamericanas del cambio de siglo, era la ciudad que los más acaudalados representantes de las elites locales utilizaron como su centro de operaciones en el "viejo mundo". Como remedo finisecular del *Grand Tour*

²¹ Jorge Luis Borges, "Thorstein Veblen: Teoría de la clase ociosa", en *Biblioteca Personal*, Madrid, Alianza, 1998, págs. 75-76.

²² La treta arribista comentada por Borges también pudo darse con frecuencia en Chile. Así se desprende de la obra de teatro de Eduardo Valenzuela *Veraneando en Zapallar*, estrenada en 1915. Allí se relataban las peripecias de una familia de la elite santiaguina escondida durante todo el verano en su casa. El encierro voluntario tenía como finalidad evitar los comentarios que otros miembros de las elites realizarían al saber que esta familia no tenía la capacidad económica suficiente como para sustentar un veraneo en Zapallar. Este tema ha sido tratado con mayor detención en Rodrigo Booth, "La autosegregación estival y la construcción de la identidad social: Zapallar y Rocas de Santo Domingo en el proceso de la modernización del ocio en Chile (1892-1950)", en *Trace. Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre*, 45, 2004, págs. 81-92.

²³ Para el caso de Mar del Plata, en la Argentina de comienzos del siglo xx, las representaciones sociales generadas por las prácticas exclusivistas relacionadas al tiempo de ocio e incluso con la ornamentación de las viviendas de descanso han sido estudiadas en Anahí Ballent, "Mar del Plata: croquis en la arena", en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo xx*, Buenos Aires, Ariel-UNQ, 1999, págs. 191-204.

dieciochesco, el "viaje cultural" que la familia Subercaseaux Mackenna efectuó, incluía la visita en París a los más importantes monumentos de la cultura republicana francesa, los parques públicos y las fastuosas construcciones neoclásicas que rememoraban el esplendor antiguo.

Portando una cámara fotográfica, los Subercaseaux Mackenna registraron su viaje para mostrar a sus conocidos en Chile el fascinante periplo realizado. El álbum que trajeron a su regreso recogía un centenar de fotos europeas, a las que se sumaron otras tantas imágenes de la vida social chilena²⁴. Efectuando una casual comparación, el testimonio de viaje graficó sus vivencias en las capitales francesa y chilena. En las primeras páginas aparecían los niños jugando en los parques Elíseos y el Arco del Triunfo para continuar más adelante con los mismos protagonistas en el cerro Santa Lucía y la Alameda de las Delicias.

En Francia, la familia dispuso del tiempo y del dinero necesarios para realizar lo que Anne Martin-Furgier ha denominado la "emigración estival" y que significaba una masiva fuga de parisienses a las costas del mar del norte para efectuar viajes motivados por curiosidad y ocio²⁵. La familia Subercaseaux Mackenna se mantuvo en Francia durante los veranos de 1899 y 1900. Imbuidos de un ambiente cultural que ligaba sus prácticas a las realizadas por la alta sociedad gala, esta familia realizó el veraneo playero solicitado para aprovechar el holgado tiempo de ocio del que disponían. Sus viajes a la villa balnearia de Trouville quedaron expuestos en el álbum como mudos testigos de su experiencia.

Hacia 1901, la familia Subercaseaux Mackenna regresaba a Chile. Posiblemente restringieron sus gastos y la cantidad de horas destinadas a la vida social, sin embargo, las prácticas que habían efectuado en Trouville fueron mantenidas, esta vez en un entorno rústico que aludía al escaso desarrollo material de los espacios del ocio nacional. Dos fueron los escenarios que la familia utilizó para venerar el tiempo libre. Una casa patronal ubicada en Pirque, a unos 25 kilómetros de Santiago, les permitió visitar a los parientes y realizar un sofisticado simulacro de la vida campestre. Allí, los paseos a caballo, la vigilancia de la cosecha y los banquetes dominicales al aire libre, constituyeron las principales actividades diarias. El segundo destino fue Viña del Mar, que para esa época mezclaba sus usos como área residencial de la zona metropolitana de Valparaíso con los atributos de una localidad destinada al turismo oligárquico²⁶. Suceda-

²⁴ Agradezco el conocimiento de las imágenes del álbum de viaje de la familia Subercaseaux Mackenna al coleccionista Ignacio Corvalán.

²⁵ Ver Anne Martin-Furgier, "Los ritos de la vida privada burguesa", en Philippe Ariès y Georges Duby (eds.), *Historia de la vida privada, Tomo 4, De la revolución francesa a la primera guerra mundial*, Madrid, Taurus, 2001 [1987], págs. 226-231.

²⁶ Para profundizar en la constitución viñamarina ver Gonzalo Cáceres y Francisco Sabatini, "Para entender la urbanización del litoral..." *op. cit.*; Gonzalo Cáceres, Rodrigo Booth y Francisco Sabatini, "La suburbanización de Valparaíso y el origen de Viña del Mar: entre la villa balnearia y el suburbio de ferrocarril (1870-1910)", en Elisa Pastoriza (ed.), *Las Puertas al Mar...*, *op. cit.*, págs. 33-49; y Gonzalo Cáceres, Rodrigo Booth y Francisco Sabatini, "Suburbanización y Suburbio en Chile: una mirada al Gran Valparaíso decimonónico", en *Archivum*, 4, 2002.

neo tosco de la playa de Trouville, Miramar en Viña del Mar albergó para esta familia los usos veraniegos que habían realizado en su viaje a Europa: el paseo por la playa, los tímidos baños de los pequeños y la contemplación del vasto paisaje marino caracterizaron el placentero verano de la familia Subercaseaux Mackenna durante la temporada estival 1901-1902. Al igual que muchos otros afortunados veraneantes que refugiaron sus placeres en Viña del Mar, los Subercaseaux Mackenna entendieron que Miramar podría satisfacer sus ansias de encontrarse en un ambiente distendido con sus pares.

Para que Miramar lograra representar el proyecto más acabado del turismo oligárquico en una ciudad chilena, fue necesario transformar el escenario natural en que se encontraba. Simultáneamente a la expulsión de los usos veraniegos de la rada de Valparaíso, las primeras referencias de la vecina Miramar se registraron en la década de 1870. Recaredo Santos Torneró la presentaba en 1872 como un promontorio rocoso frente al mar²⁷. La playa que se convertiría en el principal espacio del veraneo oligárquico en Viña del Mar carecía de todas las comodidades necesarias para los bañistas que se acercaban hasta allí buscando satisfacer su pereza. En 1875, menos de un año después de la aprobación de los planos que ratificaban la creación de Viña del Mar, el sitio en que se instalaría la playa fue reconocido en el viaje científico de Luis Pomar como un lugar "a poca distancia de la estación i al pie de la fortificación del Callao [donde] se encuentran los baños de mar, usados por las familias que pasan allí el verano"²⁸. Como un espacio del vacío en donde las referencias a las infraestructuras no importaban mayormente, Miramar mantenía una atractiva condición de rusticidad.

Pero la rudeza del paisaje miramarino no constituía su único atractivo. Su particular emplazamiento la convirtió en una realidad aparte del resto de Viña del Mar. Custodiada por el cerro del Castillo, la desembocadura del estero Margá-Margá por el norte y un morro de rocas por el sur, el dificultoso acceso a la playa la protegería de las miradas de cualquier extraño que quisiera gozar de la vida social que allí se realizaba. Durante algún tiempo las comodidades para acceder a la playa fueron desproporcionadas si se comparan con la importancia económica de sus visitantes. Según recordaba Benjamín Vicuña Mackenna, quizás el más distinguido veraneante de Viña del Mar durante la década de 1880, las elegantes bañistas debían "romper sus zapatos a destajo (...) entre los riscos"²⁹, atravesando los rieles del tren o las laderas del cerro. Las dificultades impuestas por la topografía y su difícil acceso contribuirían en la conformación de un escenario preferentemente aprovechado por los sectores altos de la sociedad.

²⁷ Recaredo Santos Torneró, *Chile Ilustrado: Guía descriptivo del territorio de Chile, de las capitales de provincia, i de los puertos principales*, Valparaíso, Librería i agencias del Mercurio, 1872.

²⁸ Luis Pomar, "Reconociendo la parte del litoral de Chile, comprendido entre Viña del Mar i la caleta de Maitencillo por el transporte nacional Ancud", en *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo XLVIII, 1876, pág. 614.

²⁹ Benjamín Vicuña Mackenna, *Crónicas Viñamarinas*, Valparaíso, Talleres Gráficos Salesianos, 1931, pág. 156.

El baño se realizaba en una playa pequeña, donde en 1882 se construyeron dos sencillos establecimientos de madera: un departamento para hombres y otro para señoras³⁰. Utilizando un recurso publicitario previsible, un periódico de la época intentaba contrarrestar la tosca infraestructura rescatando la belleza y la vastedad del paisaje. El semanario viñamarino *El Cochoa* se refería a la ubicación de la playa bajo el cerro como un sitio donde "un poeta haría inscribir sus mejores versos"³¹. Asimismo, la perforación del cerro que permitiría construir el primer camino de ingreso a la playa era descrito como "sumamente atrevido y sus cortes en la piedra viva admiran al paseante", haciendo notar también que la elegancia de su trazado la convertiría en el paseo favorito de los "villamarinos" durante las tardes del verano³².

Desde su fundación en 1874, Viña del Mar albergó un sinnúmero de actividades ligadas a la producción industrial. La amplia oferta disponible de suelo urbano, su cercanía al mar, la incorporación de nuevas tecnologías eléctricas (1882) y las facilidades que otorgaron los propietarios de la hacienda para la instalación de fábricas, hicieron que allí se verificara la compleja comparecencia de individuos provenientes de la más alta burguesía porteña y de obreros que laboraban en sus industrias³³. La profusa presencia de la actividad fabril en la naciente Viña del Mar generó la principal modificación del rústico paisaje natural que caracterizaba a Miramar. En 1883 se instaló, en el margen sur de la playa, la industria de la Sociedad Maestranza y Galvanización de la compañía Lever & Murphy. La ruidosa presencia de una industria que llegó a fabricar estructuras metálicas, barcos y automóviles, y la cercanía de los obreros que trabajaban allí, podría haber incidido en la pérdida de la intimidad que las élites requerían para satisfacer su vida social en la playa.

Por otro lado, abundante información permite afirmar que junto a la estación ferroviaria de Miramar, a unos 300 metros de la playa, se configuró durante las últimas dos décadas del siglo XIX un barrio obrero evidentemente "peligroso" para las miradas de los más afortunados. El hacinamiento en los numerosos conventillos que se instalaron al otro lado del cerro del Castillo y las malas condiciones sanitarias que ostentaba ese lugar contrastaba notablemente con las vivencias de los bañistas de Miramar³⁴. Escenario permanente de riñas y pendeencias motivadas por el consumo excesivo de alcohol y de varios comen-

³⁰ *El Cochoa*, 15 de enero de 1882.

³¹ *El Cochoa*, 29 de enero de 1882.

³² *Ibidem*.

³³ Ver Gonzalo Cáceres, Rodrigo Booth y Francisco Sabatini, "La suburbanización de Valparaíso y el origen de Viña del Mar...", *op. cit.* Por otro lado, la presencia industrial durante los primeros años de Viña del Mar ha sido recientemente abordada en Ximena Urbina, "Chalets y chimeneas: los primeros establecimientos industriales viñamarinos, 1870-1920", en *Archivum*, 5, 2003, págs. 173-196.

³⁴ La concentración de conventillos en el barrio contiguo a la Estación Miramar ha sido presentada en Gonzalo Cáceres, "La suburbanización en Chile: procesos y experiencias en la formación del Gran Valparaíso (1855-1906)", Tesis para optar al grado de Magister en Desarrollo Urbano, P. Universidad Católica de Chile, 2002, págs. 55-58.

tados asesinatos, el barrio Miramar era posiblemente el más inseguro de todo Viña del Mar³⁵.

Las molestias causadas por la vecindad de la actividad industrial y la delincuencia que desbordaba el accionar de la policía en el barrio Miramar parecen haber pasado inadvertidas por quienes frecuentaban la playa: el mantenimiento de un cuidadoso cierre impediría la presencia de cualquier intruso que quisiera aprovechar las ventajas veraniegas ofertadas por Miramar. En una labor nunca carente de polémicas, el empresario turístico Teodoro von Schroeders se esmeró por mantener la playa como un enclave turístico privatizado y vigilado, cuyas más potentes escenas estaban caracterizadas por la convivencia exclusivista que realizaban allí los más enriquecidos viajeros³⁶. La demarcación del entorno miramarino permitió configurar una playa explícitamente ofrecida para el paseo de los elegantes turistas del cambio de siglo, y contribuyó en la presentación de una imagen urbana para Viña del Mar que obviaba la presencia de cualquier uso contrario al disfrute veraniego.

Hacia 1886, von Schroeders se adjudicaba una concesión municipal que le permitiría explotar el recurso natural de una sección del litoral viñamarino. Luego del acuerdo con la municipalidad, por primera vez un privado instalaría con éxito un negocio turístico organizado en Chile. Sin embargo, la ambigua situación de la administración de un espacio que legalmente debía ser considerado como propiedad fiscal, provocaría repetidas confusiones relacionadas con los derechos del administrador.

En 1888 se registró el primer conflicto entre el concesionario y la alcaldía de Viña del Mar. Entendiendo que el acuerdo le otorgaba prerrogativas exclusivas sobre la playa de Miramar, von Schroeders cerró el acceso público, generando las inmediatas reacciones de la autoridad local³⁷. Si bien se había estipulado que se cobraría una entrada para financiar las inversiones en que incurriera el empresario, la privatización del camino que llegaba hasta el borde costero motivó el cuestionamiento de una opinión pública que consideraba que transitar hacia la playa era un derecho.

Aun cuando no ha sido posible constatar explícitamente las intenciones que tenía el empresario con la privatización del acceso al balneario, es evidente que su actuación se orientó hacia la generación de un espacio seguro y vigilado

³⁵ La información policial referida al barrio Miramar fue publicada en el periódico *El Comercio*, al comenzar la temporada veraniega 1900-1901. Este periódico tuvo como principal función denunciar de la inseguridad que percibían los vecinos de Miramar y los pasajeros que en esa estación aguardaban el tren.

³⁶ La construcción de enclaves turísticos como realidades particularmente custodiadas y privatizadas que contradicen la permeabilidad social característica de los espacios públicos urbanos ha sido tratada críticamente por Dennis Judd, "Constructing the Tourist Bubble", en Dennis Judd y Susan Fainstein, *The Tourist City*, New Hampshire-Londres, Yale University Press, 1999, págs. 35-53. Del mismo autor, se ha publicado en castellano su trabajo "El turismo urbano y la geografía de la ciudad", en *Eure. Revista latinoamericana de estudios urbano regionales*, xxix, 87, págs. 51-62.

³⁷ Esa primera disputa playera fue registrada en Archivo Histórico de Viña del Mar, Registro de Documentos Municipales, vol. 7, f. 47.

para que fuera cómodamente aprovechado sólo por quienes sostenían el privilegio del tiempo de ocio. En sintonía con ese argumento, la contratación de guardias privados y la instalación de barreras en el acceso contribuían en la configuración de una playa semi-pública. Al aplicar medidas inéditas de "seguridad ciudadana" y al custodiar la decisión del ingreso, la administración del empresario facilitaría las pretensiones elitistas de quienes realizaban allí el paseo de los elegantes. En consecuencia, la implícita segregación social y los cierres ilegales instalados por von Schroeders fueron prácticas repetidas hasta que finalizó la concesión a comienzos del siglo xx.

El concesionario entendía que tenía derechos territoriales sobre el espacio en que se encontraba la playa. Por ello, al solicitar el permiso municipal para efectuar las nuevas obras con que inauguraría la temporada de playas de 1892-1893, el empresario realizaba continuas referencias a los baños "que poseo en Miramar"³⁸. Atendiendo a la convicción del "propietario", no debe llamar la atención que en 1894 la Municipalidad de Viña del Mar recibiera una protesta en que se denunciaba que el señor von Schroeders "ha cerrado con madera i colocado una puerta de zinc en la calle del cerro que conduce a los baños de Miramar, impidiendo el tráfico a dichos baños y playas adyacentes"³⁹. Debido a la infracción en que había incurrido, la reacción de la alcaldía no tardó en llegar. Ordenando la destrucción de la barrera, la Municipalidad encargó a la policía local que obligara al concesionario a reanudar el tráfico por la calle pública hacia la playa.

Las restricciones impuestas por von Schroeders continuaron luego de la expiración de su contrato. Por ejemplo, en 1906 la prensa demócrata de Viña del Mar hacía un llamado a terminar con la discriminación social que se presenciaba en Miramar. Criticando el trato diferenciado que realizaba el nuevo concesionario, el periódico *La Defensa* pugnaba por hacer reconocer a la opinión pública que los derechos de acceso a la playa correspondían a todos quienes quisieran disfrutarla. Según rezaba una nota editorial del semanario:

"Sentimos tener que llamar la atención del caballeroso dueño de los baños, señor Mendelewsky, por la inconveniente y odiosa distinción que se hace entre las damas aristocráticas y las modestas señoras que concurren a esos baños. Mientras a las primeras las atienden con humillante servilismo, a las segundas las tratan de un modo insolente"⁴⁰.

La seguridad que garantizaba Miramar para los ricos veraneantes viñamarinos permitió que allí se efectuaran algunas de las más importantes

³⁸ Archivo Histórico de Viña del Mar, Registro de Documentos Municipales, vol. 16, f. 291.

³⁹ Archivo Histórico de Viña del Mar, Registro de Documentos Municipales, vol. 13, f. 288.

⁴⁰ *La Defensa*, 4 de febrero de 1906, citado en Paula Rodríguez, "Nuevos aires para un nuevo espíritu", tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad Finis Terrae, 2001, pág. 153.

reuniones sociales de la primera década del siglo xx. En 1908, una de las actividades de beneficencia pública de la temporada, llevó a los más connotados turistas a la playa. La protección que solicitaron contra cualquier intruso, hizo que Miramar fuera "ligeramente cerrada para evitar la entrada al recinto de visitantes clandestinos, y se dejó una pequeña entrada en donde se colocaron las damas encargadas de la venta de los boletos"¹¹. Sin la necesidad de disimular la segregación y la privatización de un espacio supuestamente público, la revista *Zig-Zag* legitimaba las prácticas de vigilancia y coerción que se establecieron en el balneario.



Imagen 3: Vista playa Miramar.
Fuente: *Sucesos*, 1916.

Resguardando la playa de la mezcla social y de la inseguridad que prometía el entorno obrero e industrial en que se encontraba, el cuidado que tuvieron los organizadores del negocio turístico miramarino cumplió con dotar a este lugar de todas las condiciones que permitirían efectuar sin problemas los baños de los más elegantes veraneantes de Viña del Mar. Hacia el cambio de siglo era común que las fotografías de la prensa social ilustraran el enclave turístico que se ubicaba en Miramar. La convivencia interclasista que aceptaba el resto de la ciudad era puesta en dudas por las damas que paseaban por la arena, por los niños de buena familia que jugaban en la playa y por los "caballe-

¹¹ "Kermesse en Miramar", en *Zig-Zag*, 157, 1908

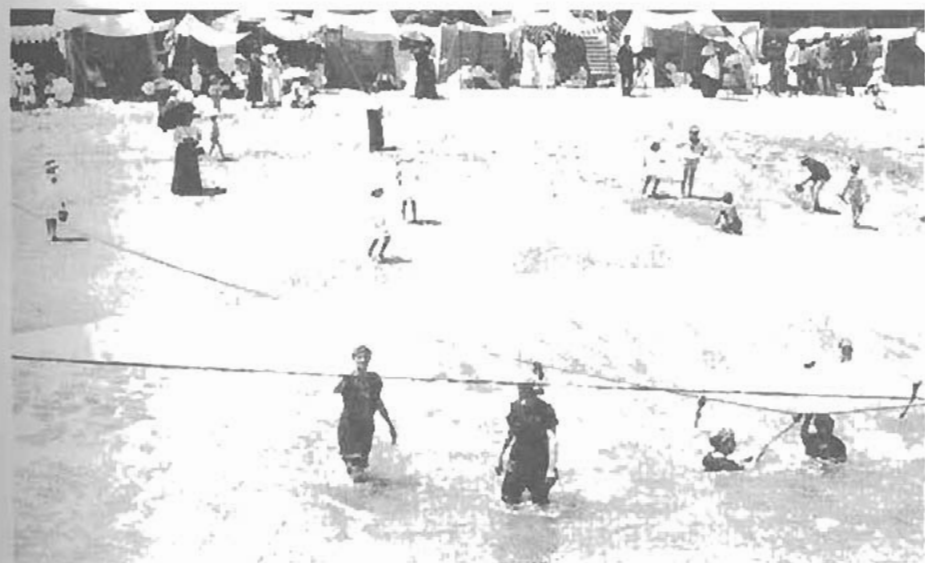


Imagen 4: Bañistas en la playa Miramar.
Fuente: *Sucesos*, 1916.

ros ociosos" que disfrutaban de la alegre vida social. Eventualmente también, un guardia privado uniformado a la usanza de la policía colonial británica, vigilaba que todo en la playa estuviera en orden. Su presencia confirmaba la importancia que los bañistas otorgaban a la seguridad. Su comparecencia garantizaba también que Miramar concentrara todas las pretensiones de una clase ociosa deseosa de efectuar allí el más sofisticado ritual del comportamiento personal: el paseo de los elegantes.

5. HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE LA "CIUDAD DEL OCIO": ALGUNAS ESCENAS EN LA GÉNESIS DEL TURISMO VIÑAMARINO

La distinción asociada al consumo turístico oligárquico componía potentes imágenes para quienes se acercaban a Viña del Mar cada temporada veraniega. La presencia obrera que parecía contradecir momentáneamente las escenas de la elegancia viñamarina, no resultaron un obstáculo lo suficientemente poderoso como para disminuir el acceso de veraneantes. Aun cuando para el cambio de siglo no existen índices fidedignos sobre el flujo turístico nacional, abundante información secundaria extraída de memorias, fotografías, notas periodísticas y manuales de viaje, permite afirmar que Viña del Mar se constituyó como el principal destino para los caballeros ociosos del país. Manifestando esa condición de espacio del consumo conspicuo de las elites, en Viña del Mar se ubicaron algunos precisos establecimientos en que la vida social se re-
clufía. La sofisticada infraestructura recreativa desarrollada, contribuyó en la

configuración de la imagen urbana que caracterizaría a Viña del Mar como la única "ciudad del ocio" en Chile⁴².

La importancia social que las elites otorgaban a la práctica de pasatiempos anglosajones, determinó que en Viña del Mar se establecieran algunos de los primeros recintos deportivos del país. Cacerías de zorros, los primeros "matches" de fútbol, tenis o polo, además del *paperchase*, la equitación y la "deportivización" de las tradicionales carreras de caballo que antes se realizaban en las explanadas de Playa Ancha en Valparaíso, hicieron del Valparaíso Sporting Club y especialmente de su hipódromo, la principal institución ligada al ocio deportivo viñamarino⁴³. Además de permitir el esparcimiento recreativo de la clase dirigente, las reuniones efectuadas en dicha institución consolidaron las identidades sociales y nacionales de las elites locales y extranjeras que habían llegado a vivir o a veranear en Viña del Mar.

Desde 1901, la pertenencia a un club social permitió la reclusión de la vida social de los veraneantes y de los acaudalados magnates porteños. Instalado junto a la plaza del pueblo y muy cerca de la estación de ferrocarriles, el Club de Viña del Mar se presentó como el más pretendido de los centros sociales del emplazamiento. Congregando las actividades recreativas más deseadas en un recinto privado cuyo aprovechamiento era efectuado sólo por un puñado de socios, el Club de Viña del Mar lideró hasta avanzado el siglo xx la sociabilidad viñamarina⁴⁴.

Pero la convivencia exclusivista que se realizaba en el interior del Valparaíso Sporting Club y del Club de Viña del Mar no alimentaba la necesidad de las elites de exteriorizar su ocio conspicuo. Si bien allí se consumaban justamente las actividades contrapuestas a las propiciadas por el trabajo y la producción, el voluntario encerramiento no otorgaba a sus miembros la posibilidad de exponer su condición frente al resto de la sociedad. Con todo, en Viña del Mar también se generaron espacios en que la vida ociosa se manifestaba con elocuencia. Las acciones realizadas en recintos dedicados al consumo turístico oficialían como eficientes catalizadores de la ostentación.

Durante las últimas décadas del siglo xix y las primeras del xx, ser pasajero en los más caros hoteles de la villa hacía resaltar las diferencias entre la clase

⁴² La constitución de Viña del Mar como la "ciudad del ocio" chilena del siglo xx ha sido abordada con mayor detención en Rodrigo Booth, "Viña y el mar. Ocio y arquitectura en la conformación de la imagen urbana viñamarina", en *Archivum*, 5, 2003, pág. 121-138.

⁴³ Algunos pasatiempos realizados por las comunidades inmigrantes en Viña del Mar y sus relaciones con las elites locales durante las últimas décadas del siglo xix han sido descritas en William Russel Young, *Reminiscences of my fifty-five years in Chile and Peru*, (sin datos de publicación). Los deportes realizados en el Valparaíso Sporting Club y una reseña de su historia iniciada en 1882 en "El Valparaíso Sporting Club y su presidente", en *Nuestra Ciudad*, 2, 1930. La regulación de los pasatiempos que generarían su "deportivización" ha sido analizada en Norbert Elias y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995 (1986). Ver especialmente la Introducción redactada por Norbert Elias, págs. 31-81.

⁴⁴ Ver Jorge Salomó, "El Club de Viña, una tradición centenaria", en *Archivum*, 2, 2000, págs. 67-75.



Imagen 5: Juegos en el Valparaíso Sporting Club.
Fuente: Colección personal del autor.

ociosa y todas aquellas personas que buscaban incorporarse en ese grupo. El Gran Hotel de Viña del Mar, instalado en 1874 junto a la estación de ferrocarriles, se configuró como el principal refugio de los grupos dirigentes. Mientras los más afortunados ocupaban las habitaciones del Gran Hotel, el resto debía arreglárselas en alguno de los hospedajes de la aún precaria infraestructura turística del pueblo. Otorgando a ese establecimiento algunas facultades demarcatorias de las diferencias sociales, la prensa local valoró continuamente el consumo veraniego que allí se efectuaba. La publicidad hotelera realizada por el periodismo viñamarino contribuía en la exposición de las actitudes que debía manifestar un caballero ocioso. Paseos por sus jardines, un match de tenis realizado en su interior, banquetes o las conversaciones efectuadas con otros pasajeros, solían ser las preocupaciones de los corresponsales que se enviaban para cubrir las noticias sociales.

En 1882 el periódico *El Cochoa* informaba que Benjamín Vicuña Mackenna había alquilado una cabaña en el parque del Gran Hotel de la villa⁴⁵. Una década más tarde, la visita del Ministro de Instrucción Pública, Federico Errázuriz,

⁴⁵ *El Cochoa*, 8 de enero de 1882.

quien según el semanario *El Viñamarino* se dirigió hasta allí en busca de "salud y reposo", exigió la publicación de una nota similar⁴⁶. Esta práctica informativa, posiblemente financiada por el dueño del establecimiento turístico, constituía tanto un reconocimiento para la persona homenajeada como para el hotel en que había decidido pernoctar. Apuntando en la misma dirección, la impresión de las listas de los huéspedes del Gran Hotel de Viña del Mar notificó su posición de ser el más codiciado establecimiento turístico del país durante el penúltimo cambio de siglo. Para quienes se quedaban en Santiago sin la posibilidad de efectuar un viaje de placer, la lectura de las nóminas, que también se publicaban en los periódicos de la capital, debió causar el efecto deseado por la clase ociosa: la emulación.

Una revisión atenta de los registros de huéspedes ilustra sobre el tipo de personas que aprovechaba la oferta social del nascente balneario. De los pasajeros alojados en el Gran Hotel durante la década de 1890, más del 70% manifestaba una ligazón a la cultura anglosajona de cuño protestante⁴⁷. Aun cuando las informaciones emanadas de las listas de pasajeros no eran representativas del total de los visitantes de la villa, no sería aventurado afirmar que la población estacional alemana e inglesa contribuyó en la conducción de una idiosincrásica orientación para el peculiar "barrio balneario" de Valparaíso⁴⁸.

La apariencia social requería una representación elocuente de la distinción. El refinamiento del gusto que llevaría a tomar la decisión de trasladarse al pueblo y la valoración del ocio que expresaba la alta sociedad, gatillarían la confección de extensas referencias periodísticas dedicadas a aquellas personas que sólo manifestaran la intención de llegar a la localidad. Por ello no debe llamar la atención que se publicara la lista de las personas que tenían reservas pendientes en el Gran Hotel⁴⁹. La promesa de una visita al balneario garantizaría la inserción de esos sujetos en la lógica arribista del veraneo. Dónde y con quién veranear generaba expectativas tan potentes que incidirían en la conformación de una verdadera comunidad de caballeros que dotaría a Viña del Mar de una imagen de estación de baños "familiar" durante las últimas décadas del siglo XIX.

La oferta hotelera sólo exteriorizaba la distinción mediante la publicación de las listas de pasajeros. Puesto que la convivencia monoclásista llevada a cabo en

⁴⁶ Ver el artículo titulado "Honorable huésped", en *El Viñamarino*, 23 de agosto de 1894.

⁴⁷ Esta información ha sido obtenida a partir de los registros de pasajeros del Gran Hotel de Viña del Mar publicados por los periódicos locales durante la última década del siglo XIX. Ver *La Estación*, 21 de noviembre de 1892; *La Estación*, 14 de diciembre de 1893; *La Estación*, 21 de diciembre de 1893; y *El Comercio*, 6 de diciembre de 1900.

⁴⁸ La abundante presencia de población protestante en Viña del Mar y su relación con la impronta suburbana de cuño anglosajón que la caracterizó hacia fines del siglo XIX ya ha sido insinuada en Gonzalo Cáceres, Rodrigo Booth y Francisco Sabatini, "Suburbanización y Suburbio en Chile...", *op. cit.*, págs. 155 y 156. Ver también Gonzalo Cáceres, "La suburbanización en Chile...", *op. cit.*

⁴⁹ Listas de personas que tenían reservas anticipadas en el Gran Hotel fueron publicadas en *La Estación*, 14 de diciembre de 1892.

su interior no proyectaba escenas muy fáciles de difundir para todo el cuerpo social, la importancia que tenía el Gran Hotel para las elites radicaba casi únicamente en la posibilidad de efectuar vínculos con los pares. En oposición, la inauguración de otro hotel, esta vez emplazado en la playa, refrendaba con elocuencia la exposición frente a la sociedad. El Hotel Miramar, el primer establecimiento turístico que integró exitosamente el paisaje marino en su oferta, satisfizo las pretensiones de todos aquellos que buscaban orientar sus paseos matutinos hacia la playa⁵⁰. La reducida capacidad de camas que tenía durante la década de 1890 lo convirtió en un recinto exclusivo, reservado sólo a quienes habían obtenido la capacidad económica suficiente para costear sus elevados precios. Pese a la rusticidad que emanaba de su construcción de madera, su buena ubicación junto al mar y la cercana presencia del elegante restaurante Schaub, lo convirtieron en uno de los lugares más codiciados por los veraneantes de Viña del Mar.

El enclave turístico de Miramar había concentrado la mayor parte de las miradas que fijaban la atención en los placeres estivales oligárquicos. Los testimonios gráficos referidos a dicha playa abundaron durante el cambio de siglo. Numerosas secuencias de los obturadores de las imprentas que publicaban cartones postales, de los corresponsales de las revistas sociales o de los incontables paseantes particulares, representaban el paisaje costero y la vida social.

Como lo destacaba una visitante norteamericana que pasó por Viña del Mar al comenzar el siglo xx, hacia Miramar se dirigían las caminatas placenteras de las tardes del verano. Allí se encontraba la fascinante sociedad local que podría disfrutar de la alegre convivencia "puertas afuera" y simultáneamente de las vistas sobre el mar. Elegantes carruajes, damas arregladas para la ocasión y varones bien dispuestos en la práctica del "flirt", daban al entorno rústico de Miramar una imagen de cuidada pomposidad⁵¹.

Mostrando la tosquedad del lugar, en 1904 una joven que firmaba simplemente como Bessie, escribía una tarjeta a su enamorado diciéndole que "en esta playa pasé los días felices de mi niñez". Dos años más tarde, un par de amigos enviaba una postal en que se exponían las precarias instalaciones hoteleras de la playa. Ninguna de las postales había sido enviada desde Viña del Mar. Anotado en el remitente, las escenas fueron depositadas en las oficinas del correo en Santiago y Antofagasta respectivamente. Aliado de la promoción turística del cambio de siglo, el cartón postal garantizaba la exportación de la imagen urbana que caracterizaría a Viña del Mar como el único refugio placentero a gran escala en el país. Puesto que probablemente este tipo de postales

⁵⁰ El Hotel Miramar, posiblemente inaugurado en la década de 1890 estaba ubicado en el margen norte de la playa del mismo nombre. Su rusticidad contrastaba con el moderno Hotel Miramar construido a mediados de la década de 1940 en el otro extremo de la playa, donde anteriormente se ubicaba el astillero de la Sociedad Maestranza y Galvanización de Caleta Abarca. Cfr. Rodrigo Booth, "Viña y el mar. Ocio y arquitectura en la conformación de la imagen urbana viñamarina", *op. cit.*, págs. 132-133.

⁵¹ Marie Robinson Wright, *The Republic of Chile. The Growth, Resources, and Industrial Conditions of a Great Nation*, Filadelfia, George Barrie & Sons, 1904, págs. 224-226.

se vendían en las ciudades más importantes de la nación, la difusión de las escenas costeras miramarinas formaron parte del temprano repertorio de los paisajes placenteros de Chile. Con todo, el esencial carácter personal del envío postal impedía una distribución masiva de lo que buscaban proyectar los concesionarios del balneario y las autoridades de la Municipalidad. Argumentando en favor de la intimidad requerida por el turismo oligárquico, la reducida circulación de postales proyectaba sus imágenes sólo a potenciales visitantes.

En enero de 1906, un extenso artículo ilustrado con fotografías de la playa Miramar informaba que al balneario "lo llena durante la estación veraniega un mundo elegante y cosmopolita", y que los inconvenientes impuestos por su abrupta naturaleza "han sido arreglados por la mano del hombre"⁵². Haciendo notar los trabajos realizados por los concesionarios von Schroeders y Mendelewsky durante la última década del siglo XIX y la primera del XX, la revista *Zig-Zag* destacaba las cómodas instalaciones para las damas y caballeros, los baños con agua salada tibia, la pasarela que se había construido en el sector femenino, los establecimientos comerciales ubicados en la arena y la explanada que sustituía las sofisticadas ramblas que se podían observar en balnearios de otras latitudes. Si bien las instalaciones no dejaban de sorprender por su simpleza, las elegantes visitas que recibía el balneario lo perfilaba como el más importante centro de reuniones en Viña del Mar. Mediante la promoción realizada en las revistas, aquellos que se quedaban en Santiago sin vacaciones también podían "contemplar, ya que no la naturaleza misma, una copia de ella"⁵³.

A pesar de las deficiencias materiales que caracterizaron a Miramar mientras el turismo se mantuvo como un privilegio oligárquico, las potentes escenas de la vida social que allí se realizaban contribuyeron en concederle a Viña del Mar una incontrarrestable imagen urbana ligada al consumo del ocio conspicuo. Así se desprendía de un notable trabajo proveniente de la literatura. En su relato "La maja y el ruiseñor", la escritora María Luisa Bombal observaba con detención el paseo por la playa en Miramar:

"A la hora en que ya sea por grupos o en parejas, tomados del brazo o caminando aparte, los elegantes de Santiago así como los distinguidos rezagados de Viña del Mar, iban y venfan a lo largo de la playa, cruzándose y saludándose, recruzándose y sonriéndose, pero todos ellos visiblemente disfrutando del aire, del sol... y de aquella tan exclusiva como placentera vida social. Telón de fondo: palmeras, coches victoria, cocheros amables y caballos relucientes trayendo o esperando a sus felices veraneantes"⁵⁴.

⁵² "Viña del Mar", en *Zig-Zag*, 49, 1906.

⁵³ "En las playas de Miramar", en *Zig-Zag*, 159, 1908.

⁵⁴ María Luisa Bombal, "La maja y el ruiseñor", en Aa. Vv., *El niño que fue*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad, 1975, págs. 15-35. Este relato fue escrito en Nueva York en 1959 y publicado originalmente en la revista *Viña del Mar* al año siguiente. "La maja y el ruiseñor" destacaba las vivencias de la escritora chilena en su ciudad de nacimiento durante la primera etapa de su vida.

De un modo similar se expresaba uno de los primeros “manuales del viajero” publicados en el país. En 1910 el *Baedeker de la República de Chile* argumentaba que allí se recluía “lo más selecto de la aristocracia chilena, tanto de cuna como de dinero”⁵⁵. Articulando un discurso destinado a la promoción moderna del turismo urbano, el documento esgrimía que Viña del Mar “es considerada como el Biarritz de la América del Pacífico; su fama de Balneario de lujo ha traspasado las fronteras y año por año vienen aumentando los turistas extranjeros que vienen a pasar la *Saison* en este aristocrático *rendez-vous*”⁵⁶. Conduciendo una imagen urbana ligada al ocio veraniego, la promoción lideró la constitución de Viña del Mar como el sitio en que se resumían las expectativas recreativas de todos los chilenos.



Imagen 6: Llegando a la playa de Viña del Mar.
Fuente: Zig-Zag, 1905.

6. CONCLUSIÓN

Los primeros espacios en que los chilenos gozaron de los baños de mar se ubicaron en emplazamientos urbanos. Las comodidades en el acceso incidieron en que las zambullidas se verificaran muchas veces en sitios de cuestionables

⁵⁵ Sociedad Editora Internacional, *Manual del viajero. Baedeker de la República de Chile*, Santiago, Imprenta y Litografía América, 1910, pág. 262.

⁵⁶ *Ibidem*.



Imagen 7: El sport del veraneo.
Fuente: *Zig-Zag*, 1909.

condiciones sanitarias. Ese fue el caso de Valparaíso, ciudad a la que llegaron innumerables miembros de las elites decimonónicas para pasar el verano. Sus sencillas infraestructuras acogieron a todo aquel que quisiera conocer los nuevos hábitos de la holganza temporal.

Aun cuando las sencillas infraestructuras turísticas del siglo XIX eran suficientes para resolver la demanda de los primeros turistas santiaguinos, algunas dificultades impuestas por el desarrollo industrial y la configuración topográfica de la costa porteña complicaron el acceso de las personas al mar. El frío de las aguas, la contaminación producida por las labores productivas y la inseguridad de los rústicos balnearios debieron incidir en una tímida cercanía de los turistas al baño de mar. Paradójicamente, hacia el último tercio del siglo XIX miles de chilenos comenzaban a aprovechar las frías aguas del litoral central con fines placenteros. Olvidando los pretextos higienistas que habían condicionado las primeras aproximaciones al mar, las elites recurrieron a las

costas para exponer su capacidad económica y su lugar en una sociedad que se modernizaba.

Motivado por la escasa atención brindada por las autoridades, el desarrollo de los primeros balnearios urbanos del país corrió por cuenta de inversionistas privados. Perfilándose como un pilar importante en el debut de Viña del Mar, el negocio turístico montado en la playa convirtió a Miramar en el más codiciado espacio para disfrutar del mar y sus pintorescas vistas. Productora y consumidora del turismo oligárquico, la clase ociosa chilena hizo de esa playa un espacio seccionado y vigilado, un enclave placentero que salvaguardaba las ansias de exclusividad que las elites requerían para su esparcimiento conspicuo.

La creciente valoración del ocio que manifestaban los grupos dirigentes durante el cambio de siglo, facultó el desarrollo en Viña del Mar de algunos lugares especialmente diseñados para su ostentosa exposición. Hoteles, campos deportivos, restaurantes y playas se presentaron como los principales sitios en que se podía recluir la vida ociosa del verano. Notables cualidades paisajísticas, una eficiente administración y una difusión bien trabajada dotaron a Miramar de todas las facultades para que se concentrara allí el paseo de los elegantes. Como un ritual profano del roce y la distinción, esas actividades contribuyeron en la consolidación de las identidades de las elites chilenas y perfilaron a Viña del Mar como la única "ciudad del ocio" en el país.

En este trabajo se ha expuesto una breve sección espacio-temporal de la historia del turismo en Chile. Enfrentando una lectura que otorga importancia a los pasatiempos veraniegos, cuyas repercusiones interpelan aspectos especialmente representativos de la vida social moderna, se ha reflexionado en torno a la configuración de la más reconocida playa del cambio de siglo. Prestando atención al ocio veraniego y de fin de semana, al arribo de las prácticas deportivas, a la construcción de nuevos paisajes turísticos y la movilidad espacial interurbana efectuada desde Santiago, es posible que se logre conocer de mejor modo la modernización de la cultura y sociedad chilena de las primeras décadas del siglo xx.